

Desde el pago

Daniel Vidart

La búsqueda de la identidad se ha convertido en una de las más urgentes - cuando no angustiosas - tareas emprendidas por los pobladores del Tercer Mundo a partir de la tan llevada y traída "globalización". Dicho Tercer Mundo - países periféricos o en vías de desarrollo , naciones proletarias , economías dependientes o emergentes , según las denominaciones peyorativas pergeñadas por las potencias centrales - no tiene nada que ver con aquel falso tríptico que mentaba un Primer Mundo Capitalista , un Segundo Mundo Socialista y un Tercer Mundo subdesarrollado. Y menos ahora, pues el socialismo "real" , vigente en la ex - Unión Soviética y su planetario circundante , que parecía un sistema sólido, "se ha disuelto en el aire" , como Marx , en el *Manifiesto Comunista*, expresó acerca de la economía feudal europea reducida a cenizas por el modo capitalista de producción . Entonces, al subsistir solamente dos mundos de los tres supuestamente existentes, la calificación habría perdido sentido en nuestros días .No obstante, el Tercer Mundo conserva su vigencia como signifiante y como significado. Veremos por qué.

Tiers Etat y Tercer Mundo

Este Tercer Mundo, sometido al impacto de los **mass media** y a la desquiciante dictadura del Mercado Mundial, constituye actualmente el continuo vertedero de "flujos" que provienen de los centros del Tener, el Saber y el Poder. Dichos "flujos" han sido catalogados por los economistas, politólogos, sociólogos y antropólogos según el peso específico de sus respectivas disciplinas. Un balance de tales flujos e influencias , realizado por Arjun Appadurian, reconoce cinco corrientes básicas, a saber : **finanscapes** (las veleidosas golondrinas de los capitales financieros), **technoscapes** (las novedades de la ciencia y la técnica), **mediascapes** (los ubicuos emisarios de la T.V, la radio y la prensa), **ethnoscapes** (los mensajes transmitidos por los turistas, los emigrantes, los refugiados, la mano de obra foránea) e **ideoscapes** (el bombardeo de las ideas y las ideologías ; estas últimas, pese a su anunciada muerte - y esto es agregado mío - más vivas que nunca)

Volviendo al término Tercer Mundo, creo que hoy, con renovada intensidad, confirma el equiparamiento concebido por Alfred Sauvy, quien lo echó a caminar con el pensamiento puesto en el **Tiers - Etat**, aquel estamento del **Ancien Régime** francés integrado por los estratos sociales más numerosos y menos favorecidos de la población. Quienes no figuraban en las filas de la aristocracia o la teocracia, aunque trepados en la cresta de la ola levantada por el viento de la burguesía, eran tan pobres en privilegios como frecuentemente ricos en dinero y propiedades. Pero por debajo de esta naciente y próspera clase emergente medraban los campesinos destripaterrones, los **sans-culottes** y demás integrantes de la despreciada caterva de **petits-gens** que formaban el pueblo llano. Y estos sí que eran indigentes de veras, tanto en abastecimientos alimenticios como en consideraciones sociales. Por debajo de la nobleza, el clero y la burguesía, los integrantes del pueblo - pueblo, que constituían la inmensa mayoría de la población, eran pobres de solemnidad en derechos y ricos a más no poder en obligaciones. Así aparecían en el panorama político de la nación francesa el **Tiers - Etat** y su cauda de gente desvalida en vísperas de la Gran Revolución.

Al actual desamparo jurídico y político de las grandes multitudes postergadas del Tercer Mundo se suman los males derivados de la enfermedad, la ignorancia y el hambre, azotes que convierten a esta zona del planeta en el asiento de las más afrentosas desigualdades entre la riqueza y la miseria. Y bien, es precisamente en dicha gigantesca porción de la geosfera donde los integrantes de los distintos países formulan cada vez más acuciantes preguntas acerca de su identidad personal y colectiva. Descalabradas sus existencias y deculturadas sus conciencias por el martilleo externo, procuran reconstruirlas y legitimarlas desde una intimidad no exenta de sueños místicos y demandas mesiánicas. Y a veces son tan intensas las reacciones que se generan, de rebote, nuevos "orgullos", nuevos compartimentos genéricos, nuevas ínsulas Baratarias y nuevos fundamentalismos. Sin embargo, y de modo paradójico, la mayoría de tales movimientos son fruto de la globalización: los exportan los centros y los prohíjan las periferias. El potaje de La Diferencia se derrama del tazón del nominalismo filosófico y moja los manteles de todas las mesas, desde las más lujosas a las más humildes.

Ni los griegos ni los húngaros ni los alemanes necesitan interrogarse acerca de quiénes son. Saben y sienten, sin previos discursos, donde están parados y desde donde sopla el

viento de la historia. No tienen dudas sobre sus ancestrales identidades. En cambio, los pobladores tercermundistas de nuestra América latina - ayer saqueada y colonizada por España y Portugal - cuyos acervos demóticos conservan un trasfondo más o menos considerable de población indígena y africana, a la que en el Río de la Plata y sur del Brasil se agregaron los grandes contingentes migratorios de los siglos XIX y XX, adoptan una posición contraria y a la vez contradictoria. En efecto, buscando el árbol de la identidad se pierden a menudo en el bosque de la identificación.

Identidad e identificación

Para entender este yerro es imprescindible clarificar los conceptos, dejando de lado las vagas nociones y las corazonadas. El acto de identificar proviene desde afuera de las cosas o los seres considerados como objeto de conocimiento. La identificación, tarea descriptiva, y a menudo clasificatoria, responde a un acto cognitivo del sujeto cuyo trámite, según intervenga o no el método científico, oscila entre la **gnosis** superficial y la **episteme** profunda. La identidad, contrariamente, concierne a un reclamo interior del sujeto que, a un tiempo, es también el objeto indagado mediante un acto introspectivo. Proviene de un escondido resorte psíquico de alguien que procura, mediante el delfico **gnothi sauton** ("conócete a ti mismo") ir de lo oscuro a lo claro. Su búsqueda obedece a un "estado del alma" (*), de carácter afectivo y volitivo a la vez. Se ubica, por lo tanto, en el dominio **idiopathico** señalado por Max Scheler. Que los uruguayos seamos tristes, o grises, o disconformes, o envidiosos, o ultracríticos, o que nos declaremos satisfechos con las medianías de nuestros proyectos **cul - à - terre**, propios de almaceneros minoristas, - como lo sugiere una caracterología caprichosa, nacida a puro palpito desde el mirador montevideano, que empareja a toda la población del país con su rasero -, conforman, entre otras de semejante calibre, meras afirmaciones doxográficas que se suponen plenas de certeza por quienes las emiten y divulgan, confundiendo así la caprichosa opinión con el cabal conocimiento de aquellos rasgos cualitativos ubicados en el hemisferio de la identificación. Que nos guste el mate, el fútbol, el truco, el asado, etc. configura otra serie de rasgos visibles, tangibles, objetualizados, de tipo **aloplástico** según la terminología de Lagache. Pero que nos proclamemos charrúas, o afroamericanos, o "descendientes" de los barcos, o triétnicos, o ciudadanos del mundo, constituye una afirmación de identidad. La

identificación indaga por el cómo somos. Se fundamenta en indicadores explicitados, desde el exterior del sujeto, mediante juicios de realidad o criterios de verosimilitud. En cambio el descenso a las capas profundas de la identidad, siempre en busca de un paradigma histórico o un modelo etnocultural, pregunta por el quiénes somos, o quiénes suponemos ser. Se apoya en creencias de tipo subjetivo y estereotipos sociales; recurre a juicios de valor. Y en la mayoría de los casos fabrica un **als ob**, un " como si" ficticio, un autocomplaciente y autológico fantasma.

El no saber, o no poder, separar ambas operaciones lleva a confundir, como ocurre por parte de un documento expedido por el Estado, los datos incluidos en la cédula de identificación del individuo - incorrectamente llamada de " identidad "- con la invisible, subjetiva y profunda identidad de la persona. De este modo se tergiversan los términos de una ecuación existencial y se pone en marcha un generalizado equívoco.

Entre los múltiples caminos que conducen a las fuentes telúricas de la identidad, o terruñeras si se prefiere un término menos pomposo, puede recorrerse el que partiendo de la voz pago pasa por paisano, paisaje y desemboca en el concepto de país.

Comencemos con la voz pago. Muchos creen que fue acuñada en el Río de la Plata, que nació graciosamente de la facundia criolla. Quienes lo afirman pertenecen a la tribu de empecinados - e indocumentados - umbilicalistas que proclaman entre muchos otros rasgos de la pretendida originalidad nacional - confundiendo una vez más identificación con identidad y difusión con convergencia cultural - a la taba, al truco, a la payada de contrapunto, al apero del gaucho, al nomenclator del pelaje equino, a la mitología del lobisón, al velorio del angelito, a las murgas carnavalescas y a las cuerdas de tambores, etc. Pero si sacudimos la modorra de ese criollismo etnocéntrico que desdeña todo lo que ignora, como decía Machado al denunciar el campanilismo xenófobo de la España negra, se advertirá que tanto la cultura tradicional de tierra adentro como la cultura popular urbana son, fundamentalmente, y lo repito por enésima vez a lo largo de una prédica iniciada hace muchos años atrás, un museo redivivo del mundo, en particular el correspondiente al hemisferio románico o latino, y no un manantial de entrecasa.

El pago y los paganos

La voz pago remonta sus ancestros hasta las viejas raíces indoeuropeas de los idiomas de Occidente y su periferia colonialista. De tal modo las voces **pag** y **pak**, que significan fijar

algo firmemente, ya en el sentido material, ya en el espiritual, han tenido una copiosa descendencia. A nosotros nos interesa el sentido material de **pag** y la familia de palabras por él engendrada. Vayamos al griego clásico. En el dialecto dorio **pe - pag - a** significaba hundir, clavar; en tanto que en los dialectos jónico y ático que le sucedieron **pagê** quería decir trampa (lo que atrapa, lo que fija), **pêktos**, compacto y **pagyalos**, estaca.

En latín hay cuatro distintos ramales de derivados : en el primero figuran **pactum** , clavar (de allí viene pactar, o sea establecer, llegar a un arreglo firme), **compactum** y **propagare** (fácilmente comprensibles, sin necesidad de traducción); en el segundo aparecen **pagina**, (que en el sentido recto significa parra y en el figurado línea de escritura), y **compaginare** (juntar) ; en el tercero surgen las voces **palus** - en vez de **pak - lus** , su antecedente arcaico - (jabalina pequeña) , y **pala** (con el mismo significado que posee en nuestro idioma); en el cuarto, finalmente, hacen su entrada la voz **pagus** (mojón o hito plantado en el suelo en su inicial acepción y mas tarde, por deriva semántica, parcela delimitada por dichos mojones) y **paganus** (paisano, campesino).

En la antigüedad romana, pues, el **pagus** fue primeramente el fundo acotado por límites precisos. Luego el **pagus** designa sucesivamente al terreno cultivado del contorno, al distrito y al cantón, territorios espacial y jurídicamente distintos a la propiedad privada de una persona o familia. Mas tarde la voz abarca el espacio ocupado por los **pagi**, que no solamente comprenden a los campos de labranza (rus, **zuris**, y de aquí rural) sino también a la tierra improductiva donde se levantaba el **vicus**, la aldea. Finalmente, dentro del marco histórico cultural de la alta Edad Media europea, luego de las invasiones bárbaras, el **pagus** engloba también a la decadente **civitas**.

De la voz **pagus** brotan los derivados **pagensis** y **paganus**. El **designatum** originario está enriquecido por los **denotata** que expresan los valores afectivos generados a partir del amor al terruño, presentes en la evocación sentimental de las sucesivas generaciones allí establecidas. El pago es la matriz del hogar, la sede de la familia y los amigos, el escenario primigenio de las emociones y los sentimientos consustanciales a la residencia en la patria chica. Se trata de un espacio vivido, acotado por los signos de los lugares y poetizado por los símbolos que mentan el arraigo y el desarraigo, la raíz y el ala, el quedarse y el irse.

Paisanos, paisajes, países

De la voz **pagensis** salen el **pays** francés, el país español, el **paese** italiano, el **pagés** provenzal, el **pau** del catalán arcaico. No son países en sentido estricto aún: se trata de comarcas, de paisajes homogéneos contruidos y poblados por comunidades aldeanas o campesinas - que no son lo mismo, según se trata de un área de colonización romana o de influencia germánica - , de extensiones terrestres con fisonomía y nombres propios, consagrados por la tradición. En dichos paisajes las técnicas laborales y la dinámica cultural han creado, actuando conjuntamente, morfologías espaciales significativas y costumbres compartidas por los habitantes de la zona. Cuando se forme , a partir del siglo XVI, el Estado - Nación limitado por las fronteras de un país, a la vez geográfico y político, los distintos "países - comarcas" que lo constituyen y las originales modalidades étnicas que los caracterizan preservarán en sus respectivas panoplias territoriales una serie de precipitados históricos , de dispositivos nacidos de las relaciones existentes desde muy temprano entre la Naturaleza y el trabajo social Y, sobre todo, pasarán como una posta, de generación en generación, el alma de los pagos, el espíritu de aquellas cosas "chicas para el mundo / pero grandes para mí " como sentenciaba Elías Regules en su conocido poema *Mi tapera* . De tal modo las nacionalidades extensas y los campanilismos menudos persisten y defienden su identidad ante un Estado que reclama, e impone, la existencia y la consistencia de una sola nación. Son ejemplos ilustrativos los casos de Suiza y de España. Y en esta última - dejando el lado el pleito entre el **hereu** y la **pubilla** o el particularismo gallego - han sido constantes las acciones y las pasiones del irredentismo vasco, manifestadas a lo largo de una milenaria y dramática historia que va - en el dominio de la modernidad, pues hay antecedentes antiguos y aún arcaicos - desde los carlistas a los etarras.

Pero volvamos a los pagos, a las comarcas donde la visibilidad y tangibilidad de sus dispositivos espaciales otorgan sentido y destino a la **res extensa** cartesiana. Dichos dispositivos, engarzados en las encrucijadas de los biomas de la naturaleza viviente con las biotas de la naturaleza inanimada , dan origen a los sistemas complejos que conceden personalidad distintiva a los paisajes agrarios, urbanos, viales, industriales, recreativos , etc., todos ellos representantes específicos del llamado paisaje cultural , al que convendría llamarle, como veremos, paisaje a secas.

El otro derivado de **pagus**, o sea **paganus**, se aplicó en la antigua Roma al campesino, esto es, al paisano, al hombre de tierra adentro, al agricultor. Durante el gobierno de Constantino el Grande (años 306 - 337 de nuestra era), cuando se cristianiza la ciudad de Roma, los campesinos, los **pagani** todavía fieles a las divinidades politeístas, legan a la posteridad un término que a partir de ese entonces comienza a dilatar su inicial significación. En efecto, se consideraba paganos a quienes perseveraban en la religión de los dioses **pagi**, al rendir culto a las divinidades terrígenas, maternas, lugareñas, nacidas en el neolítico.

Los **pagani**, los campesinos, haciendo honor a los significados primitivos de **pak**, clavar, fijar, están adheridos a la gleba, prisioneros del surco, refugiados en viviendas estables, sedentarizados en un solar que tiene tanto de materia geomórfica como de superestructura simbólica. Tal era lo que sucedía en la antigüedad romana. Pero nuestros paisanos del área ganadera no estaban ligados al microcosmos de una parcela cultivada como sucedió con aquellos aldeanos de la antigüedad latina. Sin embargo el pago, tan querido, tan nostálgicamente evocado desde lejos, tenía un fuerte sentido raigal, compartido por la humanidad residente en la estancia y en los ranchos aledaños a las pulperías. Esos pobladores del ruedo pastoril, si bien desarrollaban su vida laboral y social a lomo de caballo, tenían las almas atadas al palenque de la querencia. De tal manera, los poderosos lazos comunitarios generaban un " nosotros " localista, una tradición trasmitida por los gerontes del fogón, una crónica coloquial de actividades y sentimientos compartidos, una terca pertenencia a un escenario familiar, explorado, nominado y conocido de memoria.

El "vagamundo", el "pasiandero", el " mal entretenido", el " gauderio", "el mozo suelto de la campaña ", salvo en los días que se dedicaba a changuear y contrabandear, también deambulaba dentro de los límites físicos y sentimentales de su pago. Un geotropismo positivo condenaba a esos impenitentes jinetes a moverse dentro de territorios vividos, bordeados por un límite etológico, adheridos a las rutinas de la conducta cotidiana. Los pagos comunes a los paisanos y a los gauchos, que así se terminó llamando la especie itinerante de criaturas indóciles e inquietas, enemigas del sedentarismo, desdeñosas del tiempo y dueñas del espacio, se engarzan en un solar materno que no constituye un escenario para la contemplación, una cosa estética, sino un campo de actividades, un planeta maleable y penetrable. Ellos, a lo largo de muchas idas y venidas construyeron los

tenues paisajes circundantes merced a formas de sentir y de hacer que aplicaron voluntaria y utilitariamente para transformar, en su provecho, el mundo en torno." Conocer el paisaje es casi como conocer al hombre ", decía un personaje de Alejandro Casona en *La barca sin pescador*.

La naturaleza, pura materia cósmica, no se expresa en paisajes: presenta sitios, distribuye lugares, despliega extensiones, muestra relieves y ecosistemas, tiende de horizonte a horizonte un territorio sin nombre ni destino. En cambio los paisanos, los georgos, los modeladores del espacio, los constructores de dispositivos funcionales u ornamentales, utilitarios o simbólicos, son los verdaderos hacedores del paisaje. Solo existen los paisajes humanizados en tanto que geotopos construidos por el hombre. El (mal) llamado paisaje físico es solo una colección de panoramas, de masas orográficas, de formaciones botánicas multicolores. Es corografía pura. Sin el trabajo de los hombres no hay posible paisaje en la faz de la tierra. Los paisanos que patrullan por la entraña de los pagos son los verdaderos hacedores de paisajes y no el agua, o el viento, o los sistemas florísticos, o los caprichos de la geología. Los geógrafos, los ecólogos y los antropólogos clasifican y analizan los geosistemas, los biosistemas y los antroposistemas existentes en el entorno y dentro de las comunidades agrícolas o pastoriles, pero los campesinos y los campestres - así llamaba Azara a los hombres de a caballo - tienen otra **praxis** y otro **ethos**: no discurren por los dominios del conocimiento, viven, a golpes de experiencia, en el hemisferio de la producción primaria, ese que Marx, un ciudadano de tiempo completo, calificó como sede del " idiotismo rural".

Del campo a la ciudad

Según narra la teohistoria bíblica, Adán y Eva, los recolectores que vivían en el Gan, el Paraíso, el Jardín plantado por Jahvé, un oasis de verdor y vida en el desierto del Edén, fueron condenados, luego de la Caída, a ganar el pan con el sudor de la frente, el uno, y a parir los hijos con dolor, la otra. Y esos hijos fueron Abel, el pastor, asesinado a garrotazos por Caín, el agricultor. Descendiente de Caín fue Henoch, el constructor de la primera ciudad, y en su progenie, que se ordena según los pasos sucesivos de la civilización, figuran Jabel, el padre de los que habitan en tiendas, en los arrabales de la ciudad, y Jubal, el padre de los artistas que tocan la cítara y la flauta, y Tubalcain, el metalúrgico, el industrial, el forjador de objetos de bronce y de hierro.

Los historiadores y los etnólogos cuentan la misma historia de otra manera: tras los salvajes vinieron los campesinos y tras los campesinos surgieron los ciudadanos. El salvaje es un ser autárquico; los campesinos y los ciudadanos se necesitan mutuamente, no hay ciudad sin campo en su trastierra ni campo sin ciudad que consuma sus productos. En la ciudad aparecen las artes, las ciencias y las industrias; se levantan el Templo de la Oración, el Palacio de Gobierno, la Casa de la Cultura y el Cuartel de los Ejércitos. El **asty** griego y la **urbs** romana representan la parte material, la masa de los edificios, calles y plazas; la **polis** y la **civitas** encarnan a la ciudadanía que hace posible la existencia de la ciudad. Y ello es así porque la ciudadanía no constituye una sumatoria cuantitativa de individuos sino una constelación ordenada de personas, esto es, un sistema. Tanto la **polis** griega como la **civitas** romana eran, sobre todo, asociaciones de **polités** regladas por el **nomos** o de **cives** regidos por el **ius**, constituyendo de tal modo sendos prestigiosos antroposistemas de la antigüedad clásica integrados por gentes vinculadas entre sí por lazos políticos, jurídicos, económicos y morales.

El ambiente, un invitado de piedra

Voy a introducir ahora un tema de actualidad, que reclama una senda paralela a la de los pagos, paisajes y países y tiene que ver con las prácticas, las actitudes y las percepciones ambientales de los paisanos en tanto que habitantes del país y no solamente como personas de tierra adentro. Me estoy refiriendo al socorrido tema del ambiente, o del medio ambiente como se dice sin reparar en la tautología, que reviste también los caracteres de un dilema y de un problema cuyo alcance, hoy por hoy, es ecuménico.

Lo que rodea a los seres y las cosas de cualquier lugar terrestre es el ambiente. **Ambiens**, voz latina, deriva de **amb - ire**, "ir en torno de algo" (**amb**, alrededor; **ire**, marchar, andar). Estos ambientes están integrados por elementos naturales y constructos artificiales, por lo que ofrece espontáneamente la naturaleza inanimada en alianza con la naturaleza viviente y por lo que agrega o destruye, racional o irracionalmente, pero siempre por mandato de la necesidad o la codicia, el poder geúrgico de la cultura humana. Toda ciudad ha sido siempre un drama, como se decía en la Academia platónica, pero debe agregarse que ese drama exhibe, si se le encara como un logaritmo, la mantisa en la población y la característica en la contaminación. Pero no solamente las excretas y supuraciones de la

ciudad ensucian el planeta. En las cercanías laborales de los núcleos poblados o en las soledades de las selvas y las praderas, se reiteran, cada vez con mayor intensidad, las heridas infligidas a la biosfera por los dueños de la riqueza o los hijastros de la miseria. Esta labor destructiva, que reviste distintas modalidades aunque todas provocan idénticos resultados catastróficos, acumula por igual sus ruinas y deyecciones en los centros urbanos y en los mentidos paraísos rurales, en las aguas fluviales y las aguas oceánicas, en los suelos productivos y en los eriales estériles, en el aire que respiramos en nuestras viviendas y en la burbuja atmosférica que nos cobija y sustenta a **plein air**. El alabado hombre del pasado - Platón decía que el hacha había convertido el Atica en un peladero - procedió también como un vándalo al saquear el ambiente que le rodeaba. Se convirtió en un generador de inmundicias y entropía merced a un doble abuso : explotó a sus propios semejantes a partir de la Revolución Agrícola, gestora de la esclavitud, y degradó los nichos espaciales donde aquellos habitaban .En la cercanía de los ranchos de nuestra campaña novecentista , según cuentan los viajeros , se acumulaban las osamentas de las reses faenadas y era tal la putrefacción de esa carroña que su hedor se sentía varios kilómetros a la redonda . Y si nos remitimos al mito del buen salvaje que, según afirman los **ecofreaks** contemporáneos, protege su hábitat y mimica a los ecosistemas nativos, comprobaremos hasta que punto son descabalados los encomios de los actuales rousseauianos. Estos, desde las universidades o los congresos, vistiendo camisa y corbata, sostienen que los indios respetaban y respetan el entorno, que procedían y proceden como amorosos jardineros de la naturaleza. Téngase por seguro que no han navegado jamás por los ríos " embarbascados " de la América tórrida, llenos de millones de peces muertos por el veneno vegetal arrojado a las aguas por los "socios de la fauna y la flora " , ni contemplado las quemazones practicadas en la selva para sembrar en los cenicientos calveros la **yuca** arawaca, llamada **manioc** (mandioca) por los guaraníes. El hombre primitivo de la Solutré, en Francia, desbarrancó decenas de caballos para comer los dos o tres que necesitaba la banda predadora. La repetición milenaria de este procedimiento fabricó al pie del acantilado un gigantesco cementerio de equinos. Hay todavía más: antropólogos actuales, con buenos argumentos, opinan que la feroz carnicería de mamíferos del paleolítico superior acabó con la fauna comestible y obligó a inventar, y en esto intervino el genio creador femenino, la agricultura. Ejemplos

mas recientes apoyan dicha tesis. En las cacerías de tipo **chaco**, una voz quechua que traducida a la jerga venatoria significa ojeo, los indígenas de las zonas alledañas a los Andes incendiaban amplias superficies convirtiendo los bosques en praderas y las praderas en desiertos, tal cual sucedió con el Chaco sudamericano.

Al tener en cuenta las distintas modalidades de la intervención humana en el contorno geográfico se habla de ambientes naturales o artificiales, apropiados o riesgosos para la vida, intervenidos o contruidos, alterados o recuperados, etc. Pero esta materia, si bien es importante, escapa a los propósitos de este ensayo.

Todo lugar, todo pago, tiene un paisaje y ambiente propios, una mismidad material y una resonancia espiritual, cuyo eco se copia a sí mismo. Y al decir mismidad, término introducido por Voltaire en su *Diccionario Filosófico*, quiero referirme a una característica singularizante que se refleja en el espejo del tiempo y en las aguas dormidas del espacio en un ejercicio que va desde la inmanencia tautológica del Ser según Parménides a la trascendencia metafísica del Devenir propuesta por Heráclito.

Las raíces de la identidad

Pago, paisaje, paisano y país, una tetralogía que declinan las coordenadas del ambiente y la tradición, constituyen un sistema interconectado, pleno de significaciones. Las localidades de tierra adentro, escenarios de esta conjunción material y simbólica, poseen individualidades diferenciadas, pese a la pequeñez territorial del Uruguay y a la relativa homogeneidad de su población, de fondo triétnico en un principio y luego anegada por la torrencera de la inmigración transatlántica. Esos caracteres locales y comarcales constituyen un anclaje en la profundidad temporal de la **praxohistoria**, o sea la peripecia colectiva vivida, y se expresan en la espacialidad horizontal que estudia la geografía. Es menester iluminarlos con el sol de la memoria, rescatarlos del olvido impuesto por el paso de los años, enseñarlos y explicarlos a los que vienen. El quiénes somos se complementará así con el cómo somos, y ambos acentos étnicos reclamarán entonces el por qué, descifrado por la ciencia, y el para qué, puesto en movimiento por la política.

Podría decirse mucho más sobre este atractivo asunto. Pero quedémonos acá. La secuencia semiótica pago, paisano, paisaje, **pays** (al estilo del **Pays de Caux** en Francia o la comarca extremeña de Las Hurdes en España) y país como totalidad territorial, jurídica y administrativamente considerado y, por añadidura, asiento de una patria común, señala un

camino multidisciplinario , apto para que los lingüistas, los historiadores, los antropólogos y los sociólogos , al recorrerlo, puedan entablar un estimulante coloquio. Y a los compatriotas que se preguntan cómo son y quiénes son , tal vez les proporcione una guía semejante al hilo de Ariadna para no perderse en el laberinto que transcurre desde la puerta externa de la identificación hasta la ventana interior de la identidad .

De lo cognitivo a lo programático

En las localidades uruguayas del interior , en los pagos rurales , en los pueblos, en las ciudades y su **hinterland** , en los departamentos , en las configuraciones espaciales que no alcanzan entidad regional - el litoral, el área atlántica y platense, la zona mediterránea , el norte fronterizo - se conjugan rasgos físicos , ecosistémicos y antroposociales que confieren personalidad cultural (o subcultural si se pide mayor precisión) a esas extensiones humanizadas. Dichos rasgos son la fisonomía visible, o el "alma" invisible, metafóricamente considerada, de una serie de sutiles discontinuidades que confieren personalidad histórica a ese planetario interior que institucional y administrativamente - por mandato de un poder tempranamente centralizado - gira en derredor de la ciudad de Montevideo.

Es tiempo ya de buscar una estrategia y una metodología que, en manos de las gentes de nuestra campaña, reconstruyan la historia de los pagos, de los paisajes, de las humanidades y de las comarcas de esa desconocida trastierra, no turística, no favorecida por las rutas privilegiadas, que se extiende a las espaldas de la urbe montevideana.

Sugiero entonces que los municipios encabecen dicha tarea, conjuntamente con los institutos de educación superior, media y escolar. Que llamen a concurso, que otorguen premios, que propicien publicaciones, que ofrezcan fondos para investigar los sucesos del ayer en las sobrevivientes colecciones de periódicos departamentales y en la mente de los viejos memoriosos. Los historiadores, cronistas, periodistas y escritores de tierra adentro podrán entonces, así aleccionados, reconstruir la evolución temporal y espacial del cronotopo donde se asientan y los pagos que los circundan. De tal modo reescribirán o escribirán por vez primera la historia social, económica y paisajística de los pueblos y las secciones rurales. Esa labor podrá devolver a las nuevas generaciones los episodios protagonizados por las comunidades del pasado y el proceso formativo de los paisajes mediante la confección de historias de vida y el buceo en los recuerdos infantiles de los

ancianos lúcidos, la reproducción de antiguas fotografías, ocasionales pinturas y dibujos del entorno - ya artísticos, ya artesanales - ,etc. Será preciso indagar en las etapas temporales y laborales recorridas por el cambio del ecosistema en agrosistema y luego en tecnosistema, merced a la intervención humana ejercida, correcta o incorrectamente, sobre los ambientes geocósmicos. Mediante la reconstrucción lograda por la crónica, esa hermana menor de la historia, será posible revelar a los actuales pobladores la peripecia existencial de los personajes típicos, de los locos, de los excéntricos, de los "originales" y **outsiders** que, como pájaros raros, han volado a contravía del orden cotidiano regido por el consenso legitimante de cada sociedad pueblerina o comunidad local.

Paralelamente , una tarea con mayor acento didáctico y sistemático ha de ser asumida por los profesores liceales y los maestros de las escuelas - previamente entrenados por universitarios - para que los alumnos conozcan , y ayuden a conocer, el desarrollo de las instituciones, los contornos paisajísticos ,los ecosistemas locales, los tipos de habitación , las técnicas agrarias, los tipos d redes viales, las variedades del comercio y los emprendimientos industriales de la zona Y qué decir del estudio de las modalidades idiomáticas locales, del folklore musical , de la fiesta y el juego, de la ropa y el atavío, del carnaval pueblerino y rural, de los trabajos y los días del campo ganadero y el campo agrícola.

Insisto en que se deben instituir concursos sobre esos temas, alentados y premiados por los Concejos Locales, por las Intendencias Departamentales y por los propios ministerios del Poder Ejecutivo. Pero tambien pueden desempeñar un importante papel el Poder Legislativo y el Poder Judicial, merced a la apertura de sus archivos históricos a los investigadores de tierra adentro.

Para que prosperen estos planes de revisión y estudio, de investigación social y ambiental, de sondeo histórico y conocimiento geográfico es menester iniciar, mancomunadamente, un vasto movimiento propagandístico alentado por las autoridades centrales y departamentales. Prensa, radio y televisión han de informar a todos los habitantes del país acerca de las modalidades que revestirán estos esfuerzos llevados a cabo, previa planificación centralizada y ordenadora, para descubrir y caracterizar los rasgos materiales

y socioculturales de los lugares, de los pagos, de los asentamientos humanos, de las huellas de las tecnologías en los paisajes y de su impacto en los ambientes naturales y artificiales. El ser nacional es una especie de cosmos construido por diversos mesocosmos departamentales y microcosmos locales. En ellos se despliegan las individualidades aisladas, las familias, las comunidades, las sociedades, lo que equivale a decir las microculturas, mesoculturas y culturas globales que desde la sociedad paleocriolla, pasando por la neocriolla hasta llegar a la poscriolla combinan sus identidades en el gran rompecabezas étnico, o como se le quiera llamar al **Völkgeist**, a la psicología colectiva o al carácter comarcal, si es que cabe el matiz, del uruguayo medio residente en el área ganadera, el área granjera y el área agrícola del País Profundo. Que no se resume ni se consume en la constante abstracta e intemporal, firme y estática, de la tan mentada identidad nacional, sino que, como las nubes, cambia de forma con el viento de la historia, y que, como los recipientes, cambia también de contenido con el acarreo de los renovados usos y costumbres, de las tradiciones y las innovaciones, del freno misoneista y el salto hacia adelante de las revoluciones culturales que, con ritmo vivaz o pausado, los enfrentan dialécticamente.

Esta es sin duda una tarea difícil. Pero resulta fundamental e impostergable. Necesitamos saber dónde estamos parados en cada una de las encrucijadas de nuestro cuerpo territorial y de nuestras formaciones socioeconómicas de la capital y del interior, de la ciudad y el campo, de la estancia y la chacra, de los espacios no productivos y de los simbólicos, de la estructura y funcionalidad de la vivienda, de la evolución y tipificación de la red vial. Esos dispositivos físicos y normas institucionales, no hay que olvidarlo, fueron concebidos, diseñados y llevados a cabo por la cultura criolla y por las culturas aluvionales de la inmigración, en un principio enemistadas y luego asociadas. Así como es importante la diversidad biótica también lo es la diversidad mental y afectiva en todo lo que atañe al imaginario histórico de una nación. No hay un solo Uruguay a lo largo de tiempo. Hubo muchos, a partir de la paleohistoria indígena, de la Banda Oriental, del Imperio jesuítico, de la disputa imperial entre españoles y portugueses que va desde la fundación de la Colonia do Santo Sacramento (1680) a la de Montevideo (1774-76), de la pugna por el dominio del territorio entre aborígenes y alienígenos, de la gesta artiguista, de la Provincia Cisplatina, del genocidio y el etnocidio infligidos a los charrúas y a los gauchos a partir de

la Independencia , de los tiempos anteriores y posteriores a la Guerra Grande, de la gran inmigración europea y los distintos grados de su enfrentamiento con los criollos , de los caudillos rurales soliviantados y los doctores urbanos en perpetua componenda, de los militares en el poder y los civiles inermes , de "la banderita " partidaria al tope y de la **pax** batllista repartiendo beneficios y seguridades, de las dictaduras avasallantes y de las democracias conciliadoras aunque siempre imperfectas, siempre amenazadas por las patologías del maquiavelismo , la corrupción, la burocracia, el clientelismo y la inopia que aquejan a los portaestandartes y laderos del Poder. Y como remate, dicha tarea tendrá como marco esta época de flagrantes contradicciones. Entre ellas figura la del cabal sentido de la voz **epojé** (época), que en griego significa suspensión, detención, es decir, todo lo contrario a la " aceleración de la historia" desencadenada por el cambio casi apocalíptico que registran en la actualidad las técnicas productivas, los circuitos de comunicación y las relaciones humanas.

Todos estos factores han influido en la urdimbre sociocultural de los pagos y las comarcas interiores. Unas han sido más receptivas que otras a la voz de mando de la modernidad y la posmodernidad. El cambio social y económico, triunfante en el mundo contemporáneo - no cabe ahora la pregunta si para bien o para mal - revela segmentos arcaizantes en determinadas zonas del país: es necesario describir y explicar esos procesos retardatarios a la luz de las axiologías que proclaman y encomian una perpetua huida hacia el futuro y de las que se abrazan al palenque firme y afirmador de la tradición. Finalmente deberá tenerse en cuenta, antes de emprender esta postergada y revitalizadora tarea , que en todas las comarcas y los pagos han refractado de diferente modo el paso de los siglos y los avatares del enroque económico, de la demanda social o de la oferta educativa .Para conocer el qué y el por qué de nuestras identidades , y el para qué de nuestros modestos proyectos políticos y de nuestras razonables utopías , es preciso emprender estos trabajos en el meollo del Uruguay visceral, en el redañó interior de la República El conocimiento del hemisferio urbano, archidiagnosticado a esta altura de las cosas, será complementado con el del hemisferio rural, y ambos entonces , siquiera teóricamente, equilibrarán sus cargas. El hoy tan alabado reino del saber debe refrendar lo adquirido por la sabiduría existencial. Y a partir del saber y del prever, como decía Comte, sera posible caminar con

cierta seguridad - ¡la historia es tan imprevisible! - por los caminos futuros del obrar consciente y eficiente.

(*) Esta expresión, tan en boga actualmente por haberla utilizado en conocidas circunstancias nuestro Primer Mandatario, el Dr. Jorge Batlle, figura en la pag.30 de mi libro **El Espíritu del Carnaval** (Editorial Graffiti, Montevideo, 1997, primera edición)El dicho no tiene dueño ; pertenece al habla común y es frecuentemente utilizado en el idioma inglés. En efecto, **state of mind**, que significa estado de la mente - lo correcto hubiera sido **of soul**, del alma - se traduce del modo antedicho Aunque se trata de un asunto menor, en las actuales circunstancias conviene aclararlo.